



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Los desajustes del ajuste: las mujeres en Nicaragua

Autor: Fernández Poncela, Anna M.

Forma sugerida de citar: Fernández, A. M. (1996). Los desajustes del ajuste: las mujeres en Nicaragua. *Cuadernos Americanos*, 4(58), 138-162.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año X, núm. 58, (julio-agosto de 1996).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

LOS DESAJUSTES DEL AJUSTE: LAS MUJERES EN NICARAGUA*

Por *Anna M. FERNANDEZ PONCELA*
UNIVERSIDAD DE BARCELONA

EN LA SEGUNDA MITAD DE LA DÉCADA de los ochenta varias fuentes estudiaron el efecto de las políticas de ajuste estructural sobre los trabajadores y sectores populares, mostrando algunas de ellas cómo las mujeres sienten especialmente su peso (Cornia *et al.* 1987; UNICEF 1988). El llamado "sesgo masculino" en las políticas económicas y en el planeamiento del desarrollo se experimenta con particular virulencia en la aplicación del ajuste estructural. A su efecto diferencial se agrega el hecho de que muchas de las "estrategias de sobrevivencia" incrementan el trabajo no remunerado de las mujeres (UNICEF 1987; Benería 1992; Elson 1990; Safa y Antrobus 1992; Fernández Poncela 1993a, 1993b).

La mayoría de las investigaciones sobre el ajuste, además de no explicar el efecto diferencial de género, aplican un enfoque macro-social. Dicho enfoque, que prevalece en los estudios sobre el efecto del ajuste —incluido en muchos de los que adoptan una perspectiva de género— es útil para identificar el panorama general, pero pasa por alto una parte importante de la realidad cotidiana de los sujetos específicos, que sólo puede ser aprehendida desde un acercamiento cualitativo y microsocioal.

La pobreza, el desempleo abierto y encubierto, la perspectiva del incumplimiento de la responsabilidad familiar que se espera de la mujer, la sobrecarga de trabajo doméstico y la violencia social, se traducen en desajustes psicosociales. Las estrategias neoliberales del ajuste económico —más allá de su racionalidad o de su cuestionable éxito técnico— afectan de forma negativa las relaciones fami-

liares, laborales y sociales de la población, y de forma particular a las mujeres de los sectores populares.

Esto es, el peso de la pobreza estructural, sumado a la crisis y al ajuste, recae con más fuerza e intensidad sobre los sectores populares que engloban a las clases sociales más pobres: trabajadores asalariados o por cuenta propia, jornaleros agrícolas o pequeños campesinos, y gentes de oficio básicamente. Sin por ello desconocer los efectos de empobrecimiento y desclasamiento de profesionales y sectores intermedios.

Es por eso que considero fundamental la percepción e interpretación que desde los propios actores y actoras se hace de esta situación, así como indagar en la vida diaria el efecto diferente de estas políticas en hombres y mujeres, concentrándome en los mencionados sectores populares.

El objetivo de este artículo es identificar y discutir los principales efectos que la implementación de los programas de ajuste ha causado en la vida cotidiana de las mujeres pobres nicaraguenses. El estudio presta atención a cuestiones como la participación femenina en el mercado laboral, su acceso a servicios sociales, las responsabilidades familiares, el diseño y ejecución de estrategias de sobrevivencia, las situaciones de violencia y el deterioro físico y psicológico a que se ven expuestas las mujeres, además de sus percepciones y sentimientos frente a esta situación. Porque la aplicación de las políticas de ajuste afecta en las condiciones generales de vida de la población: no únicamente en el bolsillo o el empleo, sino también en los estados de ánimo y en la salud mental. Por tal motivo también se presta atención a esta dimensión psicosocial de los efectos de dichas medidas.

El análisis aquí presentado combina estos aspectos y ofrece una perspectiva distinta pero a la vez complementaria, desde una metodología y unas técnicas antropológicas cualitativas combinadas con los aportes que proporciona un enfoque sociológico cuantitativo, dando lugar a una investigación de carácter integrado y global.

El trabajo de campo en que se apoya este artículo se efectuó en la ciudad de León entre 1990 y 1992, además de tener en cuenta la información estadística general obtenida de instituciones y centros de investigación de Managua, y las entrevistas a funcionarios y dirigentes políticos realizadas entre 1985 y 1992 en todo el país. Es por ello que combina datos macroeconómicos e información testimonial, intentando así mostrar la pobreza, la crisis y las consecuencias del ajuste económico desde una perspectiva integral.

Es posible pensar sin embargo, que algunas conclusiones de este estudio son aplicables también a otros países en vías de desarrollo en los que se están ejecutando políticas similares.

Las políticas de ajuste

¿SOBRE quién recae el peso del ajuste y de qué forma modifica el desarrollo de la vida cotidiana de la población de menores ingresos y especialmente de la franja de mujeres pobres?

La aplicación del programa de estabilización y ajuste en Nicaragua, que ya se había iniciado en las postrimerías de la década de los ochenta,¹ avanzó en el control de la inflación, pero al mismo tiempo afectó de forma negativa la cotidianidad de la mayoría de la población. En Nicaragua —como en toda América Latina— los que pagan el mayor costo del ajuste estructural son los sectores populares, anteriormente definidos. Entre ellos destacan las mujeres, que constituyen 52% de la población. 60% de las mujeres nicaragüenses están bajo la línea de pobreza: las más pobres entre los pobres (CEPAL 1990).

Dicha política económica ha significado en general un alto costo para la población de bajos recursos, producto del descenso del empleo —reducción del Estado, despidos generalizados, disminución de créditos, cierre de pequeñas y medianas empresas etc.—, de la congelación de los salarios, la extensión del subempleo y del sector informal más precario, la privatización de empresas estatales y el desmantelamiento de cooperativas, la retracción de los servicios del Estado —salud y educación—, el deterioro de su calidad, la eliminación de los subsidios a los productos básicos y el aumento de las tarifas de los servicios públicos, los precios de los alimentos de primera necesidad y de todo en general. Éstos son algunos de los efectos más destacados, como se irá viendo a lo largo de este estudio.

El enfoque de ajuste estructural se convirtió en el eje de la política gubernamental con el acceso al gobierno de Violeta Barrios de Chamorro y la coalición electoral Unión Nacional Opositora (UNO). Tras un año de indecisión, el programa económico iniciado en marzo de 1991 incluyó una devaluación del córdoba de 400%, que ge-

¹ En Nicaragua varios autores consideran la problemática económica y social al analizar las medidas de ajuste ejecutadas desde 1988 por el régimen sandinista que fueron complejas y polémicas para un gobierno que trataba de equilibrar equidad social y mantenimiento del libre mercado (Arana *et al.* 1988; Vilas 1989, 1991; Stahler-Sholk 1990; Pérez-Alemán 1992).

neró un alza general de precios de 358%; frente a esto, el gobierno autorizó un aumento de salarios de sólo 258%. El campesinado, los asalariados y la pequeña burguesía vieron descender drásticamente sus ya precarios niveles de vida. Entre 1990 y 1991 se registró una contracción del salario real en 30%, afectando al menos a la mitad de las familias, que no cubrían la mitad de sus necesidades. El salario medio no alcanzaba para la canasta básica (FIDEG 1991b).

De acuerdo a algunas estimaciones de organismos internacionales, la pobreza en Nicaragua aumentó en el área urbana de 46% en 1980 a 60% en 1990, y en el campo de 80% a 85%. La pobreza extrema pasó de 22% a 27% en la ciudad, y en el medio rural de 50% a 52% (CEPAL 1992).

De un Estado benefactor y con rasgos paternalistas, producto del triunfo revolucionario del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) en 1979, se evolucionó —con un inicio de crisis en 1984-1985, una crisis fuerte entre 1985 y 1987, y el debate inflación-recesión en 1988 y 1989— hacia la actual apertura externa indiscriminada de la economía, con una aceleración del desmontaje del protagonismo estatal —que ya los sandinistas habían iniciado en 1988 (Arana *et al.* 1988; Vilas 1989, 1991; Stahler-Sholk 1990; Pérez-Alemán 1992; Fernández Poncela 1992a)— y el retorno a la economía de libre mercado.

Contracción del mercado de trabajo

ENTRE las consecuencias directas de la crisis y el ajuste económico estructural, destaca el aumento del desempleo, la expansión del subempleo y las condiciones de precariedad del trabajo en general, como puede apreciarse en una rápida mirada a las cifras estadísticas del país (INEC 1989).²

Se estima que entre 40 y 58% de la población económicamente activa está desempleada (MITRAB 1992; FNT 1992). Pero un estudio más exhaustivo sobre los más afectados por la pérdida de empleo nos revela que son los hogares encabezados por mujeres los que más sienten dicha pérdida, según un estudio realizado en el campo y ciudades de tamaño mediano (Cuadros núms. 1 y 2).

² FIDEG (1992) registra 61% de cesantía sólo para Managua. En la Costa Atlántica el desempleo va desde 90% de la PEA en la región norte hasta 70% en el sur (Barricada 1991).

Cuadro 1
PORCENTAJE DE HOGARES NICARAGÜENSES
AFECTADOS POR LA PÉRDIDA DE EMPLEO

<i>Total</i>	<i>Hogares encabezados por</i>	
	<i>Mujeres</i>	<i>Hombres</i>
14.7	18.8%	10.6%

Fuente: Elaboración propia con cifras de FIDEG, 1992

Cuadro 2
PORCENTAJE DE HOGARES NICARAGÜENSES
AFECTADOS POR LA CRISIS LABORAL
E EL SECTOR DE LOS TRABAJADORES ASALARIADOS

<i>Total</i>	<i>Hogares encabezados por</i>	
	<i>Mujeres</i>	<i>Hombres</i>
70.1	75.0%	65.7%

Fuente: Elaboración propia con cifras de FIDEG, 1992

A finales de 1991 la Asociación de Mujeres Nicaraguenses Luisa Amanda Espinosa (AMNLAE) calculó que casi 16 000 trabajadoras fueron lanzadas al desempleo: 9 000 obreras agrícolas, 3 000 industriales y 3 800 trabajadoras del Estado —2 000 en salud, 800 en educación y 1 000 de administración.³ Además, 69% de las trabajadoras estaba en situación potencial de perder su trabajo, pues ellas son tradicionalmente las primeras afectadas por los despidos y las cesantías temporales. Muchos empresarios han dejado de contratar a mujeres, alegando la vieja idea de que ‘ellas no sirven’ (Báez 1991).

La gravitación de estas medidas en la problemática de las mujeres de los sectores populares nicaraguenses se debe a que agregaron su efecto negativo a la remasculinización de algunas actividades laborales —agrícolas e industriales especialmente— que ya estaba teniendo lugar por el regreso de los hombres de los frentes de guerra, y por las consecuencias de la crisis. La feminización de la mano de obra es siempre más un efecto de la necesidad del mercado de

³ Otras fuentes como la Asociación de Trabajadores del Campo (ATC) manifiestan que 13 000 obreras agrícolas, junto a 25 000 trabajadores han perdido su puesto de trabajo tras las medidas económicas del gobierno. Estas afirmaciones parten de la existencia de 15 000 asalariadas agrícolas en el campo, 10 000 de ellas permanentes hasta 1990 (Alba Palacios, en Cuadra 1991).

trabajo que de una reflexión política, según se concluye de las entrevistas y la observación realizada a lo largo del trabajo de campo.

La mujer ha sido devuelta al hogar y la situación de crisis le impide cumplir positivamente con su papel tradicional de ama de casa y madre. En un contexto de deterioro social generalizado es inevitable que se hagan comparaciones entre la situación actual y la época somocista anterior, como varias mujeres testimonian: "Han proliferado las *ventas* (pequeñas tiendas en la casa-habitación), pero ya no tienen, se la comen, y el grande se come al chiquito, como con Somoza" (Isabel, 37 años, alquila camioneta de propiedad, pobladora de León, 1992).

Las mujeres fueron mayoría entre las personas directamente despedidas o que se acogieron al Plan de Conversión Ocupacional que diseñó el gobierno de la señora Violeta Barrios de Chamorro para transferir trabajadores del Estado hacia el sector privado, el cual por la crisis estaba mermando considerablemente en su capacidad de absorción de empleo. Este plan consistió en la reducción del empleo en la administración pública y en el desmantelamiento de las empresas no competitivas. Al cierre de cooperativas, grandes y pequeñas industrias, especialmente en las ramas que tradicionalmente emplean mano de obra femenina —textil-vestuario, alimentos, artesanías y plantaciones—, se le suma la reducción o eliminación de los programas de salud y de educación en donde mayoritariamente trabajaban mujeres.

¿A dónde se han ido estas mujeres?, ¿qué hacen?, ¿cómo viven? ¿cuál es su situación en el nuevo contexto de crisis más aguda?

La información disponible sugiere una aceleración del crecimiento del sector informal (si), sobre todo en el pequeño comercio. Cualquier cosa parece digna de ser vendida, como se observa en un paseo por cualquier población del país. Las mujeres representan 60% del si —mientras que el hombre es 59.2% del formal.⁴ 48% del pequeño comercio y 37% de los servicios personales están en manos femeninas. Las mujeres son mayoría en el trabajo no remunerado, y seis de cada diez personas que trabajan en su propia vivienda son mujeres, según una investigación realizada en el país al respecto (FIDEG 1991a).

En un cuestionario elaborado dentro del trabajo de campo en 1990 en León, se obtuvo que 70.62% del si lo constituían muje-

⁴ Hacia mediados del pasado decenio algunas fuentes contabilizaron 65% de mujeres en el sector informal, principalmente en el área de comercio y servicios (Redondo 1986).

res, domésticas y comerciantas principalmente (Fernández Poncela 1992a).

El amplio *si* es producto de una economía dependiente a lo externo y desarticulada a lo interno; en el decenio pasado se incrementó como consecuencia de la crisis económica, la desestabilización política y la guerra. Es el "trabajo-refugio" por excelencia de la mano de obra considerada "secundaria" dentro del conjunto de miembros que forman el hogar, que comprende a las mujeres, y corresponde tradicionalmente a los tramos más precarios (Fernández Poncela 1993d).

El incremento de la participación femenina en este sector se explica por la necesidad de aportar un ingreso al hogar. Esto tiene lugar fundamentalmente en épocas de crisis, cuando una proporción creciente de mujeres se convierte en principal proveedora de la familia. Cuando declina el crecimiento económico y el mercado de trabajo formal se contrae, la mujer aumenta su presencia en el *si*, concentrándose en actividades de servicios comerciales en pequeña escala. Ante las necesidades económicas y la falta de puestos de trabajo muchas mujeres se ven forzadas a crear su propio empleo, contribuyendo a la expansión de la economía informal (Berger *et al.* 1988). La existencia de un mercado de trabajo segmentado y la proliferación del *si* en los últimos tiempos favorecen las posibilidades de la mujer para obtener trabajo en situaciones de aumento del desempleo abierto. En muchas ocasiones se combinan las labores en el ámbito doméstico con las que se realizan para el mercado, como en el caso de la elaboración de alimentos, muy habitual en las comunidades estudiadas de León y en toda Nicaragua.

En el trabajo de campo realizado se ha comprobado que la mujer busca en el *si* la manera de negociar mejor sus condiciones de vida y de alcanzar un mayor control sobre su empleo e ingresos en beneficio directo de ella misma y de su familia. Es un intercambio que funciona en dos sentidos. Las mujeres prefieren el sector informal, pero éste también las prefiere a ellas. Algunas de las ventajas que las mujeres encuentran en el *si* se derivan de la flexibilidad de éste. El *si* permite superar los obstáculos que el papel doméstico impone para acceder al trabajo formal, con la flexibilidad de horarios y de localización; la mujer puede realizar las obligaciones caseras y ocuparse del cuidado de los hijos, esto es, no desatender su papel principal en la familia al mismo tiempo que desarrolla actividades generadoras de ingreso monetario. Muchas de las actividades más comunes del *si* son además extensión de ese mismo papel doméstico

—desde el cuidado de niños, pasando por arreglos de ropa, hasta la preparación de alimentos—, y no quebrantan la imagen femenina tradicional tan importante en esta sociedad. El sí también permite sortear la exigencia de capacitación del mercado de trabajo asalariado, más calificado en general que el informal, en una población femenina mayoritariamente carente de capacitación y educación. Pero las mujeres también padecen desventajas en el sí, algunas de ellas semejantes a las de la economía formal: la segregación ocupacional, la brecha entre ingresos, la ampliación de la jornada de trabajo, pero y sobre todo la autoexplotación que en este sector en ocasiones parece no tener límites (Fernández Poncela 1993d).

Ante la caída del ingreso y de los niveles de empleo, la familia de los sectores populares cumple una función de colchón amortiguador del deterioro de las condiciones de vida, tratando de contrarrestar el socavamiento social generado por la reducción o desaparición de los servicios públicos. Son las mujeres esposas-madres-amas de casa las que principalmente amplían su contribución a la sobrevivencia familiar para la satisfacción de las necesidades básicas en el hogar. Ellas tienen que “ingeniárselas” para que el dinero “ajuste” (Fernández Poncela 1992b):

Las mujeres hoy en día buscan más que todo en lavado, en planchado, en cuidar niños por horas... Las que se acogieron al Plan de Conversión Ocupacional pusieron ventas, pero no les dio buenos resultados, hay más pulperías que compradores. ¿De qué sirve que haya una venta si no hay con qué comer? (Marta, 34 años, trabajadora social y ventas en su casa, pobladora de León, 1992).

Gran parte de las mujeres de los sectores populares sigue haciendo lo que siempre ha hecho, como demuestra la investigación desarrollada: lavar y planchar ajeno, reparar ropa, cuidar niños. Una elevada proporción de las de más escasos recursos sigue empleándose como domésticas —53.2% del sí registrado en las comunidades estudiadas. Sin embargo, aquellas que habían desarrollado una profesión o un oficio calificado y se habían internado en el sector formal asalariado en la década de 1980 fueron devueltas a sus casas, o reinsertadas en el pequeño comercio informal. De las mujeres entrevistadas únicamente 20% conserva su trabajo en el sector formal; el resto se ha integrado con más o menos suerte en las actividades informales descritas.

Tal vez por ser las primeras en salir del empleo formal, las mujeres también son las que más rápidamente se adaptan a la nueva

coyuntura, desarrollando multitud de actividades o "estrategias". Muchas mujeres pusieron ventas en la entrada de su casa en León, con la preparación de alimentos sencillos, como arroz y frijoles, o plátano frito. Pero la competencia entre ellas y con los mercados, y la retracción de la demanda por el deterioro general de los ingresos, han puesto en peligro su inversión o la han frustrado. Muchas veces, al final es su misma familia la que consume los productos en venta. El último recurso observado es lanzarse a la calle a vender alimentos de bajo costo y de elaboración propia, o cualquier cosa "para ganarse un peso": cigarrillos, chicles, agua helada, refrescos, pan, "cosa de horno" (repostería de maíz), tortillas, "cajetas" (dulces), rosquillas y lotería, son algunos de los productos más usuales. Porque, como afirman las entrevistadas, "si no trabajo no como".

Deterioro de los servicios públicos

LA época de los servicios públicos amplios y gratuitos del gobierno sandinista, de las subvenciones a productos básicos alimentarios y del empleo masivo está definitivamente agotada. Y las mujeres entrevistadas perciben la diferencia:

En el sistema sandinista la mujer tuvo grandes logros, las mujeres tuvimos el apoyo del gobierno, nuestros hijos iban al colegio, les daban cuadernos, lápiz... eso benefició a la mujer. El Frente le dio respuesta a la mujer. Ahora nosotras estamos marginadas completamente, los colegios se pagan, bien diferente está todo, ahora hay que pagar (Martiana, 45 años, venta de carne en su casa, pobladora de León, 1992).

La contracción o eliminación de los programas sociales parece ser la segunda preocupación expresada por las mujeres después de los ingresos, porque ya sus hijos no tienen acceso a la asistencia en salud ni a la educación. Y si bien es cierto que el deterioro de estos servicios ya venía percibiéndose desde las reformas económicas del gobierno sandinista en 1988, no habían tenido lugar consecuencias tan dramáticas como las actuales. Además, las mujeres consultadas señalan que antes existía en el gobierno por lo menos una cierta voluntad de escuchar y solucionar los problemas:

Ahora hay que pagar matrículas y textos escolares, y nosotros no podemos con todo. Antes la escuela era gratuita, se cuidaban de nosotras las mujeres pobres, para que nuestros hijos estudiaran, ahora a nadie le importa lo que

nos pase... Yo no puedo llevar a mi hijo a la escuela porque no tengo con qué comprarle un par de zapatos (Isabel).

Este fenómeno se traduce en una sobrecarga del trabajo doméstico, pues el cuidado infantil y la atención de enfermos recae enteramente sobre las mujeres de la familia. También está el esfuerzo extra de intentar mantener o suplir algunos de los servicios sociales comunitarios de forma voluntaria, sin contar con ayudas económicas o recursos técnicos y humanos. El aumento de enfermedades y de la mortalidad infantil en el país es consecuencia de la reducción de los programas sociales o de su suspensión a partir del cambio de gobierno en 1990. En 1992 el índice de mortalidad infantil creció a 91 por cada mil niños, mientras que en la pasada década se había reducido a 64 por mil (CENIDH 1992). En la investigación llevada a cabo en León se vio cómo esta situación provoca un gran sentimiento de culpa en las mujeres que no pueden pagar los servicios de salud y educación para sus hijos, sobre todo si antes pudieron utilizarlos. La mujer siente que no sólo se le niega el trabajo y la posibilidad de mantener el hogar, sino también los programas sociales, y sobre todo la posibilidad de poder realizarse en su papel principal de responsable directa de la asistencia a su grupo familiar. Éste es un papel para el cual ha sido culturalmente "entrenada" por la división social del trabajo y por la tradición cultural. Las mujeres de las clases populares se sienten amargadas, infelices, violentas y enfermas, como ellas mismas reconocen:

...porque los hospitales están vacíos sin medicamento. Entonces una madre pobre con 4 ó 5 hijos, y se le enferman 2, piensa con lógica: ¿qué voy a hacer en un hospital?... Cuando la salud no hay, cuando la escuela que fue gratuita todos estos años de la revolución ahora hay que pagar... La crisis económica se agudiza más en las madres (Carlota, 47 años, elaboración de alimentos y venta en la casa, pobladora de León, 1992).

Espacio reproductivo y responsabilidad familiar

EN la cultura dominante en Nicaragua, la mujer es la responsable de la administración de la economía familiar: debe detener la caída de los ingresos familiares y maximizar los exiguos recursos. Es ella la que desarrolla mecanismos encaminados para garantizar la satisfacción de las necesidades básicas —consumo y servicios—, que garanticen la sobrevivencia a los miembros del hogar.

Según los datos generales del país, se estima que 65% de las familias urbanas y 82.6% de los hogares rurales tienen como cabeza a una mujer (INEC 1992). Las cifras en la porción de población analizada en el trabajo de campo en León arrojan 19% de mujeres que mantienen ellas solas el hogar, según un cuestionario realizado en 1990; sin embargo, no se descarta la influencia del modelo cultural "ideal" a la hora de responder a la pregunta, sobre la "realidad" que viven día a día.

Un estudio en áreas rurales y concentraciones urbanas intermedias señaló que 81.6% de los hogares nicaraguenses ha visto deteriorada su calidad de vida: 78.1% de los hogares, por ejemplo, redujo el consumo de alimentos y 37.5% manifestaron que las actividades domésticas que realizaban también han sido afectadas. En los hogares encabezados por mujeres se ha recortado el presupuesto en al menos tres de sus necesidades básicas y 15% de los enfermos no reciben asistencia médica. El 19% de los hogares encabezados por mujeres experimenta una situación aún más vulnerable ya que se trata de madres jóvenes con hijos en edad escolar (FIDEG 1992). El deterioro de la calidad de vida y la situación de pobreza en los hogares encabezados por mujeres u hombres también muestra un efecto diferenciado (Cuadro 3).

Cuadro 3
DETERIORO DE LA CALIDAD DE VIDA
POR TIPO DE HOGAR

	<i>Hogares bajo la línea de pobreza</i>	<i>Hogares que han reducido el consumo de alimentos</i>
Jefa de hogar mujer	72.5%	81.3%
Jefe de hogar hombre	67.5%	75.0%

Fuente: Elaboración propia con cifras de FIDEG, 1992.

Ante la crisis y el aumento del desempleo, las mujeres son las primeras en salir a buscar alternativas para la sobrevivencia familiar, afirmaron todas las entrevistadas. Los hombres en cambio tienden a adoptar una posición de resignación o escape cuando se quedan cesantes, o, en todo caso, se resisten a realizar trabajos que ellos no consideran dignos —o sencillamente sienten vergüenza de salir a la calle a vender o a "arrastrar un carretón en el mercado"—, como afirman las mujeres entrevistadas y se observa en la vida de los hombres de la comunidad estudiada, muchos de los desempleados se mecen a la puerta de sus casas o se emborrachan con sus amigos.

“Los hombres a veces se van a la droga, al alcohol, al licor como escape a la desilusión, en sí es un problema para la mujer” (Marta).

Por tradición cultural la mujer considera que es su obligación sacar adelante a su prole, haya o no hombre en el núcleo familiar. Es la mujer-madre sostén económico y pilar ideológico, que cubre las necesidades de intimidad y seguridad del grupo familiar, y esto lo tienen claro todas las mujeres:

Es la mujer la que anda buscando, exceptuando algunos ejemplos de hombres que son tan responsables que van a acarrear canastos al mercado, para traer algo a la casa... Quizás porque es la madre, y el amor materno tal vez es más profundo, verdad, no es que tal vez, es más profundo, porque es lógico, verdad, desarrolla el sentido de responsabilidad más que el varón (Carlota).

Por extensión de su papel doméstico, la mujer es también la encargada del cuidado y mejora del hábitat de la familia. En las narraciones del origen de los barrios y repartos más recientes, en los que esta investigación se llevó a cabo, siempre aparecen las mujeres participando en la limpieza de la maleza, en la lotificación inicial, colaborando en la construcción de las primeras viviendas. La historia de la participación social y colectiva de las mujeres comienza en el barrio, y en ocasiones la construcción de su propia vivienda: “Cuando llegamos, éramos las mujeres las que nos quedábamos en el reparto a trabajar...” (Irma, 63 años, hace comidas en fiestas por encargo y venta de leña y jabón en la casa, pobladora de León, 1992).

Cuando se reducen o clausuran los servicios sociales son las mujeres las que protestan e intentan paliar colectivamente los vacíos que quedan, conscientes de la necesidad de los mismos desde su papel de responsables familiares y de la comunidad en que viven, como se mostró en las reuniones y asambleas que tuvieron lugar entre la comunidad estudiada y los responsables de la alcaldía o la cooperación extranjera, con objeto de tratar el mejoramiento de la infraestructura del barrio, entre 1990 y 1992.

Algunas fuentes calculan que a nivel de todo el país las mujeres dedican entre 85 y 95% de su tiempo al trabajo directo —para generación de ingresos— e indirecto —para la reproducción doméstica y familiar—, y que destinan casi todo su ingreso a cubrir las necesidades del hogar (INIM 1987, 1989):

Como el hombre es el que anda trabajando, y la mujer se queda en casa, por eso es que participan más en la comunidad que los hombres que tienen otras

cosas que hacer... (Ileana, 23 años, secretaria, y alquila habitaciones en su casa, pobladora de León, 1992).

En la comunidad analizada se constató que las mujeres trabajan un promedio de 14 horas diarias, de las cuales la mitad se dedica al trabajo doméstico. Los hombres gozan de más tiempo para ejecutar otras actividades sociales o recreativas, y sólo colaboran en el mantenimiento del hogar con una porción de su salario, manifestaron las mujeres consultadas:

Siempre la mujer se ha preocupado más por la salud, por los niños y la escuela. Y como está en el barrio, es ella la que vive más horas y es la que se encarga de la casa, también de lo que tiene que ver con sus familias (Mercedes, 45 años, comidería popular, pobladora de León, 1992).

Estrategias de sobrevivencia

SE entiende por estrategias de sobrevivencia aquellos comportamientos encaminados a asegurar la reproducción material y biológica del grupo familiar mediante la participación económica de los miembros de la unidad doméstica. Abarca desde la procreación, el ciclo de vida y las migraciones, hasta la reproducción de la fuerza de trabajo; incluye el incremento de los ingresos —generalmente desde el si—, y la optimización de los mismos con las labores realizadas en el hogar o a través de redes de colaboraciones.

Hablar de “estrategias” quizás resulte exagerado, tal vez sería más adecuado referirse a ellas como acciones o respuestas encaminadas a cubrir las necesidades de sobrevivencia y a enfrentar la crisis. Sin embargo es un término extendido y aceptado, por lo cual lo empleo en estas páginas. Las “estrategias de existencia” o “estrategias familiares” podrían traducirse a nivel popular con el vocablo que las mujeres usan para expresarse: “imaginárnoslas” o a veces “ingeniárnoslas” (Fernández Poncela 1992b).

Entre las estrategias observadas en el trabajo de campo realizado en las comunidades de la ciudad de León destaca el incremento de los ingresos por medio de la incorporación de más personas del núcleo familiar al mercado de trabajo. Como señalaron varias entrevistadas, los niños dejan la escuela para dedicarse a la venta ambulante, las niñas cuidan a sus hermanitos y realizan las tareas domésticas en ausencia de su madre o de las mujeres adultas que trabajan fuera de la casa. La deserción escolar es alta, no

sólo porque la educación ha dejado de ser gratuita, sino debido a la reestructuración forzada del hogar y a la ampliación del número de miembros que aportan a la manutención familiar, si bien no pudieron obtenerse cifras concretas al respecto en las comunidades estudiadas.

Según un estudio realizado en el área rural y urbes de tamaño intermedio, 10.6% de familias presenta casos de deserción escolar (de 7 a 14 años); en los hogares encabezados por mujeres esta cifra se eleva a 13.8% y en los de hombres a 7.5% (FIDEQ 1992).

Otra estrategia observada en el trabajo de campo es la intensificación del trabajo y la ampliación de la jornada laboral persiguiendo la obtención de un mayor ingreso, el mantenimiento del puesto de trabajo, a la vez que el incremento del trabajo familiar no remunerado. La autoexplotación en el desarrollo de actividades "por cuenta propia" se intensifica también. Por otra parte, la sobrecarga de trabajo doméstico para las mujeres es algo que se evidencia, no sólo por los testimonios recabados, sino por la comparación personal realizada mediante la observación participante en esa misma área a mediados de los años ochenta. Aquella se profundiza ante la carestía de la vida y el deterioro o la carencia de servicios sociales, y por la sustitución de bienes y servicios: procesamiento de alimentos que antes se compraban preparados, producción para el autoconsumo de algunos productos del hogar, confección de prendas de vestir y arreglos de ropa, cuidado a enfermos, socialización de los niños, o el mayor tiempo dedicado en la compra para conseguir precios más favorables. El ir a buscar leña, elaborar jabón de lavar, o la extensión de los arreglos de ropa usada son actividades que han sustituido la compra en el mercado de dichos productos. En los barrios y repartos analizados, en ocasiones se compra "al fiado" los alimentos para consumir ese mismo día, y cada mujer entreteje una red de vendedores "compasivos" con base en un largo trabajo de amistad; o ha desarrollado un plan de compra de "rebusque" en varios mercados, a fin de encontrar precios más ventajosos, como afirman varias de ellas.

La reducción de costos de reproducción se refleja directamente en la disminución del consumo de ropa y alimentos prescindibles y de los gastos de recreación, llegando hasta la reducción al mínimo de la comida, así como del gasto médico y escolar, mediante la no utilización de los pocos servicios públicos que aún se mantienen, como señalan las entrevistadas y se observa directamente. Para la cobertura de las necesidades básicas de la población no son su-

ficientes las remesas que llegan del exterior, la cooperación internacional, o las redes familiares, de parentesco o vecindad que en algunos casos se desarrollan.

Un estudio realizado en Managua informó que 98% de los casos de las familias consultadas tenían un "fondo común de gastos" en los hogares de bajos recursos y con problemas económicos, y en 61% de los casos las familias hacían "mesa común de austeridad compartida" (Guerrero y Guerrero 1986; UCA 1986).⁵

Sin embargo, en esta sociedad no hay una red de ayuda mutua de donaciones o intercambio, o de compartir bienes y servicios como estrategia de sobrevivencia, como existen en otras regiones latinoamericanas y que han sido registradas y estudiadas desde hace un par de décadas. Se destaca el éxito de dichas asociaciones y colectivos en el Cono Sur, por ejemplo en la década de los ochenta, como fórmula para enfrentar la aguda crisis social que han vivido y viven sus economías. Es curioso ver cómo en Nicaragua existe, en comparación con otros países incluso de la región centroamericana, una tendencia hacia el individualismo, la desconfianza, la fatalidad y la baja participación colectiva y social más o menos permanente de las mujeres en la sociedad, aun en épocas difíciles como la actual. Esto contrasta con las organizaciones populares de mujeres en las barriadas del próximo San José, el tradicional cooperativismo de la vecina Honduras, la fortaleza comunitaria de los grupos étnicos de Guatemala y de sus pobladores urbanos, y de los sectores obreros y campesinos salvadoreños, por ejemplo.

Lo prioritario en el consumo es la comida; pero muchas entrevistadas reconocen que no siempre hay para "los tres tiempos", y en todo caso, cuando tienen, la dieta no está balanceada nutricionalmente. Los productos eliminados por su alto costo han sido sobre todo carne, leche, queso y huevos: "No siempre los tres tiempos, con el promedio de uno o dos dependiendo del ingreso. Yo voy al campo, ya ahorita están comiendo raíces y fruta de estos meses" (Mariana).

Generalmente el desayuno consta de tiste (bebida de maíz) y pan, o leche y pan, o café negro y pan, o pan y pinol (bebida de maíz); sólo a veces y en algunas casas, "gallopinto" (arroz y frijoles). Para el almuerzo, arroz y frijoles, y tortilla como acompañamiento; en algunas ocasiones "cuajada" (leche) o huevos y

⁵ Las remesas colaboran a la subsistencia familiar elevando las condiciones de vida y consumo del grupo doméstico. Siempre son administradas por las mujeres y en muchas ocasiones la reciben las jefas de hogar (CEPAL 1991).

en algunos hogares un trocito de carne a la semana "cuando se puede". En la cena tiste y pan o gallopinto "o lo que haya". El consumo alimentario en términos energéticos es deficitario en estas comunidades.

*Incremento de la violencia:
"la sociedad del sálvese quien pueda"*

LA inestabilidad económica y la grave crisis social abren las puertas a la irrupción extendida de la violencia en la vida cotidiana, sobre todo contra los considerados más débiles de la jerarquía social según el modelo cultural predominante: los niños y las mujeres.

Ha aumentado la violencia contra las mujeres, las golpizas y el maltrato, las denuncias de violaciones y también su interés para los medios de comunicación. En especial, las mujeres entrevistadas al respecto mostraron su honda preocupación, centrando su especial interés en la violencia específica contra la mujer, y manifestando su temor de salir en la noche, la falta de alumbrado de su barrio, o la inseguridad que sienten por las idas y venidas a la escuela de los hijos pequeños.

Al margen del tratamiento sensacionalista del tema, es evidente un incremento directo de la violencia en todas sus manifestaciones: violencia política, delincuencia común, violencia social y violencia doméstica. Al inicio de la década de los ochenta los índices de criminalidad, alcoholismo y prostitución de Managua se redujeron, llegando a considerársela la ciudad más segura de Centroamérica. Hoy ya nadie da "aventón" en coche, el consumo de droga aumenta, la prostitución se expande y las pandillas juveniles protagonizan frecuentes enfrentamientos armados.⁶

En un país que sufrió la frustración de no poder consolidar su revolución, la frustración de los ex contras, a quienes no se les han cumplido las promesas de tierras, y la frustración de los sin empleo, la angustia da paso a la política del "sálvese quien pueda", como afirmó una de las informantes, aunque sea de manera salvaje. En un estudio reciente en seis barrios populares de Managua se encontró que 75% de las mujeres encuestadas viven distintas formas de violencia, incluyendo violación por parte de algún pariente cercano, maltrato físico, psíquico y moral, abandono y chantaje sexual

⁶ Sobre el tema no hay datos concretos ni estudios específicos, pero los testimonios directos recabados, la información que los medios de comunicación facilitan y lo que la vida cotidiana muestra sobre la terrible situación de la violencia social es difícil de escaparse a cualquier buen observador.

(AMNLAE 1992). Un informe elaborado para la V Asamblea Nacional de AMNLAE en abril de 1992 reporta un promedio de tres casos de violación o intento de violación por día, a mujeres y menores. El número de violaciones aumentó 70% a nivel nacional, en relación con el año anterior. Cifras de la Policía Nacional indican que en 1991 se registraron 420 violaciones, 71 tentativas de violación, 32 violaciones frustradas, 36 abusos deshonestos, 34 estupro, 10 raptos y 5 casos de incesto, y se aclara que la mayoría de estos delitos no salen a la luz pública y se denuncian en una muy baja proporción (*El Semanario* 1992).

Violencia es también, como afirmaron algunas entrevistadas, la que por las tensiones sociales se reproduce en el seno de la familia, en la pareja y con los hijos: "...que por lo general va encaminada a las víctimas de la casa que son los hijos, porque como anda una tensión irónica, le molesta que le hablen, le molesta que pidan, y entonces gritó, golpeó, verdad..." (Carlota).

Violencia es el alto índice de mortalidad materna como consecuencia directa de intervenciones abortivas ilegales. La interrupción del embarazo es la primera causa de muerte de las mujeres, producto del aborto realizado en la ilegalidad (Pizarro 1989).

Y violencia son muchas cosas más: los desalojos de pobladores por la policía, o de las mujeres por los hombres; es encontrarse sin empleo, no tener dinero, no poder dar de comer a los hijos, ni poder llevarles a consulta médica o a la escuela, o tener que mandarlos a vender golosinas, o a prostituirse. Violencia es, también, ver la abundancia de productos que antes escaseaban y que ahora se ofertan pero son inaccesibles para la gente de bajos ingresos. Este estado de frustración creciente puede desembocar, y suele hacerlo, en actitudes de agresividad extrema.

El costo psicosocial

DESDE lo doméstico, las mujeres participan en cuestiones políticas relacionadas con las medidas de ajuste y la disminución de los ingresos de una forma casi siempre traumática y desgastadora, aunque muchas de ellas afirmen que "la política es cosa de hombres" o que ellas "no saben de eso" y "no sirven".

Las mujeres han disminuido su participación en organizaciones populares y movilizaciones voluntarias (Olivera y Fernández Poncela 1991, 1993); entre otras razones "porque no disponemos de tiempo", porque están profundamente angustiadas, "porque andamos todo el día buscando qué dar de comer a la familia". Las

mujeres han tenido por lo tanto que sacrificar sus espacios sociales, políticos y sindicales, además de su ya señalada expulsión del sector formal de la economía. Una característica particular del efecto de la crisis económica sobre las mujeres es que al devolverlas a las labores hogareñas, debilita sus organizaciones sociales y políticas. Dentro de sus casas las mujeres enfrentan los problemas de manera individual, el aislamiento provoca además una sensación de indefensión y angustia, como señalaron algunas voces:

Desde hace dos años para acá, la participación de la mujer en este sector ha sido bastante mínima, solamente se han dedicado a buscar en sí cómo satisfacer las necesidades de su hijo, trabajando, olvidando un poco determinados proyectos, sino que se basa en el factor económico (Marta).

Posiblemente el costo humano más alto de las mujeres frente a los efectos del ajuste es el deterioro de su salud mental. La responsabilidad familiar, usualmente exclusiva, la sobrecarga de trabajo doméstico, la violencia familiar y social que hemos visto en estas páginas, son causantes directas de varias alteraciones en el estado emocional de las mujeres entrevistadas en los barrios y repartos de la ciudad de León, y de reacciones psicológicas diversas. La situación es conflictiva, las mujeres sienten que se les cierran todas las puertas. En primer lugar, la angustia y el tensionamiento por la expulsión del mercado formal de trabajo. En segundo lugar, se dificulta el cumplimiento satisfactorio de su papel de madre por los factores ya discutidos. Los sentimientos de culpa y la carga de trabajo y de responsabilidades familiares se agiganta. Además, en algunas ocasiones las mujeres deben encargarse de gestionar servicios y acciones que el Estado ya no cubre en su comunidad, como una extensión de su papel reproductivo y doméstico. Las mujeres se sienten obligadas a dedicar más tiempo y energía para solucionar los problemas de la vida cotidiana.

En el área estudiada se percibe claramente una especie de "stress colectivo", algo así como una "guerra de nervios" y un estado de ánimo decaído muy extendido entre la población y particularmente entre las mujeres con mayores responsabilidades y menores recursos, que son la mayoría. El deterioro emocional va desde las relaciones de pareja, o con los hijos, hasta las relaciones laborales, vecinales o de parentesco, como ellas mismas afirman consciente o inconscientemente:

Hay bastante deterioro en la parte de la familia en ese aspecto. No hay una verdadera coordinación entre la familia aborita pues, más que nada por el factor económico. Ha habido problemas de desuniones, de abandono de hijos... una completa desarmonía, y lo que perjudica es a los hijos... Problemas físicos, por la falta de atención a ella misma y a los hijos. . (Marta).

Tiene lugar una pérdida de identidad y una disminución de la autoestima femenina, una sensación de desubicación y desconcierto, de inquietud y desasosiego acerca del futuro; y un temor o un "miedo a lo desconocido". Se manifiestan estados depresivos, crisis ansiolíticas, resignación o resentimiento. Decepcionadas, cansadas e impotentes, la desesperanza reina por doquier entre las mujeres:

A veces los hijos creen que no se les da porque uno no quiere, no alcanzan a comprender... ahí me dice mi hija: no seás mala... Yo me siento mal, un sufrimiento que me desestabiliza completamente, querer y no poder... Tal vez si hasta hablan solas por la calle, y sienten que se están muriendo, ahogando... A las enfermas se les agudizan las enfermedades y hasta piensan que tienen algo de muerte... yo con mis problemas de estómago pensaba hasta que tenía cáncer, ahora me van a operar a Managua (Mariana).

Las afecciones físicas son una somatización de la "depresión oculta" y la ansiedad que padecen las mujeres, que insisten durante las entrevistas en síntomas como dolores de cabeza, de estómago, insomnio y falta de apetito. El efecto de la exposición a situaciones de violencia y la salud psicosocial de las mujeres es una relación poco estudiada, pero señalada desde antiguo (Fanon 1973).⁷

Entre la población masculina también hay indicios del deterioro de su salud física y mental. Aunque no hay información rigurosa al respecto, cabe pensar que el aumento del alcoholismo, los paros cardíacos, suicidios, acciones violentas y depresiones en general que varias personas entrevistadas reportaron tenga que ver con la situación social explosiva que vive el país, la desesperación psicológica que se percibe a flor de piel, y en alguna medida sea consecuencia también del ajuste.

⁷ No existen estudios en Nicaragua sobre el delicado y complejo tema que trato en este apartado, y por las características del mismo y el enfoque de esta investigación, sólo puedo aportar testimonios, observaciones, datos cualitativos, que a pesar de que puedan parecer conclusiones pintorescas o impresionistas, es lo único que hay sobre esta cuestión de las consecuencias psicosociales del ajuste.

Consideraciones finales: las mujeres y los niños primero

EN los repartos al sur del Río Chiquito en la ciudad de León, como en toda Nicaragua, y también en muchos países latinoamericanos en los que se han aplicado medidas de ajuste para paliar la crisis, las condiciones de vida se han deteriorado en los últimos años.

Las mismas mujeres leonesas, que en 1990 afirmaban, “seguimos adelante” ante el sorpresivo triunfo electoral de la UNO sobre el FSLN, al año siguiente decían entre resignadas e indefensas: “esperamos”, y ya en 1992 muchas de ellas se encuentran enfermas físicamente y desanimadas moralmente, ante un futuro de inseguridad e incertidumbre (Fernández Poncela 1992b).

Las mujeres parecen estar de acuerdo en que su prioridad absoluta en estos momentos de aguda crisis es el empleo. La alimentación, educación, salud y atención de sus hijos son las necesidades básicas prioritarias consideradas hoy por las mujeres. Nuevamente “los otros” están primero, y el papel tradicional de madre es el más comúnmente asumido y expresado, ya que a pesar de una década de revolución social, la identidad principal de las mujeres del pueblo nicaragüense se sigue construyendo en función de su papel de “madre” y “responsable del hogar”. Y es que a pesar del discurso teórico del FSLN sobre la necesidad de la emancipación de la mujer, la realidad cotidiana no parece haberse modificado mucho ni muy profundamente en este punto. El ritmo de los cambios sociales, económicos y políticos no se compagina con el de las transformaciones de las pautas culturales y las mentalidades colectivas populares, más resistentes tanto al cambio gradual como a las rupturas y reestructuraciones radicales que tienen lugar en otros ámbitos y niveles de la sociedad (Fernández Poncela 1994).⁸ “Es mil veces más fácil ganar un combate —y yo he estado en el frente—, que combatir la mentalidad de las personas” (Carlota).

Sin embargo, a la hora de los despidos, a la hora de cubrir los servicios que el Estado deja de prestar, cuando se dan situaciones de violencia, cuando se multiplican los quehaceres domésticos y la carga del trabajo en la economía popular, “las mujeres y los niños primero”. La crisis, la vuelta de la mujer al hogar, el incremento de actividades tradicionales, el abandono de espacios económicos, sociales y políticos a los cuales había accedido, involucran un retroce-

⁸ No profundizaremos en este punto por su complejidad y amplitud, que daría lugar a otro artículo, y porque la autora tiene varias publicaciones que lo abordan de forma central y directa (Fernández Poncela 1992a, 1993d, 1994).

so en el desarrollo de la mujer como ser humano y en la constitución de su conciencia de género. Las energías de las mujeres están centradas en cómo sobrevivir cotidianamente y su participación social se reduce, así como las posibilidades de desarrollar proyectos emancipatorios, porque "no hay tiempo" y "no hay ánimos", según ellas mismas expresan.

La tensión entre los "intereses estratégicos del género" y "los intereses inmediatos y concretos de las mujeres" (Moulyneux 1986; Moser 1989), se decanta en la cotidianidad hacia los segundos. Esto es un efecto de las condiciones materiales de vida que le son impuestas a las mujeres, y de su adaptación a la reproducción del viejo modelo cultural que, es evidente, no fue desplazado por el discurso y las políticas inspiradas en las ideas liberadoras de la revolución sandinista (Fernández Poncela 1994).

En épocas de crisis como la actual, los problemas son más complejos y las condiciones en las que las mujeres del pueblo deben desarrollar sus actividades son más duras. Una secuencia de fenómenos negativos se encadena y parece rodear sus vidas. Las mujeres son las primeras en ser despedidas del mercado de trabajo formal debido a los sesgos culturales predominantes. Por estos mismos motivos, son también las que más rápidamente se insertan en el trabajo informal, y muchas veces en las peores condiciones. Por otra parte, el efecto del cierre o disminución de los programas y servicios sociales recae directamente sobre los hombros de las mujeres, encargadas de suplirlos en el marco de la familia o en la comunidad. Esto implica más trabajo y genera cansancio, un sentimiento de pesar e incluso de culpabilidad, al no poder enfrentar satisfactoriamente las carencias de su prole. Son también las mujeres las que elaboran y ponen en práctica las estrategias de sobrevivencia. La mujer es el sostén material y social del hogar; su tiempo, esfuerzo e ingresos están dedicados a cubrir las necesidades materiales, sociales y afectivas de su grupo. En esta situación de pobreza extrema, la violencia aumenta, y especialmente contra los niños y las mujeres. Y quizás la forma más dramática de violencia sea el deterioro de la salud física y mental de estas mujeres.

La pobreza sumada al desempleo abierto o encubierto, más la perspectiva del incumplimiento de la responsabilidad familiar que la mujer asume que se espera de ella, sumada a la sobrecarga de trabajo doméstico y a la violencia social e intrafamiliar que se respira, tiene forzosamente que dar como resultado desajustes psicosociales, que las protagonistas de esta investigación han manifestado

a lo largo del trabajo de campo realizado. Las secuelas negativas se manifiestan no sólo materialmente en el contexto social, sino en lo que es más grave e importante: los estados físicos y psíquicos de las personas, su salud integral.

Se concluye por lo tanto que son las mujeres quienes pagan el más alto precio psicosocial del ajuste económico. Esto no desconoce el efecto negativo del ajuste en los hombres —expresado este último en el alcoholismo, las enfermedades, depresiones y suicidios—, sino simplemente remarca un aspecto frecuentemente soslayado en la literatura sobre la pobreza, la crisis y el ajuste económico estructural.

Nota metodológica

ESTA investigación ha sido elaborada con el material de trabajo de campo realizado en los barrios y repartos de Río Chiquito —área urbana periférica de 40 000 habitantes, al sur de la ciudad de León— (1990-1992). Cuestionarios a 165 familias que reunían a 942 personas, la observación directa y la convivencia cotidiana, la elaboración de algunas historias de vida, y organización de varios talleres participativos, han sido las técnicas utilizadas. Las entrevistas etnográficas en profundidad realizadas fueron en total 155, de las cuales se han seleccionado algunas narradoras centrales que dan testimonio de su situación social en el contexto y en relación con el objeto de estudio. Además se contó con la información, datos, análisis y experiencia de mi tesis doctoral sobre la participación sociopolítica de las mujeres nicaragüenses en la década de 1980, y las relaciones entre transformaciones sociales generales *versus* modelos culturales persistentes en cuanto a las relaciones de género, presentada en la Universidad de Barcelona en 1992.

BIBLIOGRAFÍA

- AMNLAE, 1992, Asociación de Mujeres Nicaragüenses Luisa Amanda Espinosa, 'Encuesta sobre respeto a la mujer', *Nosotras* (Managua), núm. 2.
- Arana, Mario, Richard Stahler-Sholk y Gerardo Timossi, 1988, 'Debt, stabilization, and adjustment: the transformation in Nicaragua, 1979-1986', *Annual Review of Nicaraguan Sociology*, núms. 1-2.

- Báez, Gladys, "Dramático informe sobre la mujer", discurso pronunciado el 30 de septiembre, Managua.
- Barricada* (Managua), 1991, "El costo social del ajuste en Nicaragua", 16 de diciembre.
- Beneria, Lourdes, 1992, "The Mexican debt crisis: restructuring the economy and the household", en Beneria, Lourdes y Shelley Feldman, eds., *Unequal burden, economic crises, persistent poverty, and women's work*, Boulder, Westview Press.
- Berger, Margarita y Mayra Buvinic, comps., 1988, *La mujer en el sector informal. Trabajo familiar y microempresa en América Latina*, Caracas, Nueva Sociedad.
- CENIDH, 1992, Centro Nicaraguense de Derechos Humanos, *Informes*, mimeografiado, Managua.
- CEPAL, 1990, Comisión Económica para América Latina, *Balance preliminar de la economía latinoamericana en 1990*, México, CEPAL.
- , 1991, *Remesas y economía familiar en El Salvador, Guatemala y Nicaragua*, LC/MEX/L.154, 25 de junio, México, CEPAL.
- , 1992, *Bases para la transformación productiva y generación de ingresos de la población pobre de los países del Istmo Centroamericano*, LC/MEX/G3/ Rev. 2, 6 de enero, México, CEPAL.
- Cornia, Giovanni, Richard Jolly y Frances Stewart, eds., 1987, *Adjustment with a human face*, Nueva York, UNICEF-Clarendon Press, vol. 1.
- Cuadra, Scarlet, 1991, "Trabajadoras principales afectadas ¿Feminización de la pobreza?", *Barricada Internacional* (Managua), núm. 341.
- El Semanario*, 1992, "Violencia contra las mujeres" (Managua), núm. 82.
- Elson, Diane, ed., 1990, *Male bias in the development process*, Manchester, Manchester University Press.
- Fanon, Frantz, 1973, *Los condenados de la tierra*, México, FCE.
- Fernández Poncela, Anna M., 1992a, *Las mujeres del pueblo. Espacios, procesos y sujetos: Nicaragua en la década de 1980*, Barcelona, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Barcelona.
- , 1992b, "Mujeres, familias y comunidades. La vida cotidiana en Nicaragua", *Historia y Fuente Oral* (Barcelona), núm. 8, pp. 107-130.
- , 1993a, "Radiografía de la dona latinoamericana", *Revista CIDOB* (Barcelona), núm. 43.
- , 1993b, "El ajuste y las nicaragüenses", *Semanario Política de El Nacional* (México), 11 de febrero de 1993.
- , 1993c, "El torbellino de la violencia alcanza a las mujeres nicaragüenses", *Fem* (México), núm. 119.
- , 1993d, "Participación económica y política de las mujeres nicaragüenses", *Boletín Americanista* (Universidad de Barcelona), núms. 42-43.
- , 1994, "Transformación social versus modelos culturales persistentes. Una reflexión en torno al caso de las mujeres populares ni-

- caraguenses'', en *Identidades de género*, México, PIEM, El Colegio de México.
- FIDEG, 1991a, *Fundación Internacional para el Desafío Económico Global, Situación del sector informal en la ciudad de Managua*, Managua, FIDEG.
- , 1991b, *El impacto de las políticas de ajuste sobre la mujer en Nicaragua: reflexiones de un estudio de caso*, Managua, FIDEG.
- , 1992, *El impacto diferenciado de género de las políticas de ajuste sobre las condiciones de vida en el área rural y concentraciones urbanas intermedias*, Managua, FIDEG.
- FNT, 1992, Frente Nacional de Trabajadores, Rueda de prensa 15 de abril (Managua).
- Guerrero, Luisa y Gertrudis Guerrero, 1986, ''Las relaciones familiares y el papel de las mujeres en las estrategias de sobrevivencia'', ponencia presentada en el V Congreso de la Asociación Nicaragüense de Ciencias Sociales (ANICS), Managua.
- INEC, 1989, Instituto Nicaragüense de Estadísticas y Censos, *Nicaragua en cifras*, Managua, INEC.
- INIM, 1987, Instituto Nicaragüense de la Mujer, *Mujer y agroexportación en Nicaragua*, Managua, INIM.
- , 1989, *Industria de género y mujer en Nicaragua*, Managua, INIM.
- , 1992, *Informe*, Managua, INEC.
- MITRAB, 1992, Ministerio de Trabajo, *Informe de abril*, Managua.
- Moser, Caroline, ''Gender planning in the Third World: meeting practical and strategic gender needs'', *World Development* 17 (11), pp. 1799-1825.
- Moulyneux, Maxime, 1986, ''Mobilization with emancipation? Women's interest, state, and revolution'', en Fagen *et al.*, eds., *Problems of Third World Socialism*, Nueva York, Monthly Review Press, pp. 280-302.
- Olivera, Mercedes y Anna M. Fernández Poncela, 1991, ''Un estudio sobre la participación política de las mujeres'', *Cuadernos Cenzontle* (Managua), núm. 2.
- , 1993, ''Subordinación de género en las organizaciones populares nicaraguenses'', en Carlos Vilas, comp., *Democracia emergente en Centroamérica*, México, CIIH-UNAM.
- Pérez-Alemán, Paola, 1992, ''Economic crisis and women in Nicaragua'', en Lourdes Beneria y Shelley Feldman, eds., *Unequal burden*, Boulder, Westview Press.
- Pizarro, Ana María, 1989, ''Mortalidad materna y perinatal'', Managua, Hospital Bertha Calderón.
- Redondo, Aída, 1986, ''La economía del delantal'', *Pensamiento Propio* (Managua), núm. 86.
- Safa, Helen y Peggy Antrobus, 1992, ''Women and the economic in the Caribbean'', en Lourdes Beneria y Shelley Feldman, eds., *Unequal burden*, Boulder, Westview Press.

- Stahler-Sholk, Richard, 1990, "Stabilization, desestabilization, and the popular classes in Nicaragua 1979-1988", *Latin American Research Review*, vol. XXV, núm. 3.
- UCA, 1986, Universidad Centroamericana, "Las estrategias de sobrevivencia de los sectores populares en Managua y el impacto del mensaje económico gubernamental", *Encuentro* (Managua), núm. 29.
- UNICEF, 1987, Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia, *The invisible adjustment: poor women and the economic crisis*, Santiago, Alfa Beta Impresores.
- , 1988, *Debt adjustment from the standpoint of growth and protection of the vulnerable groups*, Nueva York, UNICEF.
- Vilas, Carlos M., 1989, *Transición desde el subdesarrollo*, Caracas, Nueva Sociedad.
- , 1991, "Nicaragua: a revolution that fell from the Grace of the People", en Miliband, ed., *The Socialist Register*, Londres, Merlin Press.